

A la derecha del covento habia otro trozo de edificio conocido generalmente con el título de los genoveses, acaso por haber pertenecido ó costeádolo los individuos de esta república en el tiempo de su apogeo, pero ya desde principio del siglo anterior lo ocupaban esclusivamente los religiosos pertenecientes á la comision de los santos lugares de Jerusalem en Valencia, que formaban un cuerpo separado de la comunidad de San Francisco. Hiciéronse en este local obras de mucha consideracion á primeros de este siglo, pero en la actualidad sirve, ó á lo menos servia cuando el autor estuvo en Valencia en 1846, de cuartel de caballería.

La plaza conocida hoy por de San Francisco era precisamente lo que ocupaba un huerto perteneciente á la comunidad, huerto que jardin un día del palacio de Zeit, habia presenciado el martirio de los santos Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato. Estaba plantado, en tiempo de los frailes, de gigantescos cipreses, robustos y copados pinos, galanas palmeras y multitud de árboles frutales que formaban vistosas calles cerradas por setos de murta y otros varios arbustos.

En el centro de este huerto cuenta el citado escritor valenciano que habia una choza habitada por un ermitaño, cuya habilidad para trabajar varias clases de pastas que despachaba en el mismo sitio ha llegado á ser proverbial en Valencia: llamábase Fray Antonio.

En 1806 fué derribada la cerca del huerto, arrancados de raíz todos los árboles, quedando á disposicion del público la anchurosa plaza.

El convento fué poseido hasta el primer tercio del siglo XVI por religiosos llamados conventuales, pero en dicha época el célebre cardenal Don Fray Francisco Jimenez de Cisneros, regente de España, introdujo la regular observancia en que subsistió hasta su supresion en 7 de Agosto de 1835, pasando entonces el edificio á servir de cuartel de infantería, destino que han tenido la mayor parte de los conventos y destino al cual aun se debe afortunadamente la conservacion de algunos famosos monumentos que como el que hemos esplicado, participan del arte y de la historia, y cuya pérdida hubiera sido otra mancha para los hijos de esta época y de esta tierra.

## V.

## LOS FRANCISCANOS.

Con haber llegado á un convento de padres de San Francisco, hemos llegado tambien á uno de los puntos mas culminantes de esta obra, á uno de los capítulos mas importantes, á una de las páginas mas delicadas y, si se pudieran y nos atreviéramos á decir, mas resbaladizas.

Es que tenemos que entrar á escribir la historia de los Franciscanos, de esta robustísima rama del tronco de las órdenes religiosas, de esta rica familia de mendigos que ha regado con la sangre de sus mártires las regiones del Oriente, que ha conmovido los pueblos desde lo alto de los púlpitos con la poderosa palanca de su influyente palabra, que se ha sentado lo mismo en el poyo humilde de la cabaña del pobre pescador que en el muelle sofá del opulento gabinete del potentado, y que al mismo tiempo que ha aparecido marchando entre las filas compactas de los conquistadores soldados de la cruz, se ha presentado á ostentar su burdo sayal junto á los tronos de los reyes y á pisar con sus humildes sandalias las alfombras de los régios y encumbrados palacios.

Los hijos de San Francisco lo han hecho todo, lo han probado todo, lo han sido todo.

Han muerto como guerreros en el campo; han perecido como mártires en



la cruz y en la hoguera; han dejado de existir como sacerdotes junto al lecho del enfermo en las epidemias; han cruzado como mendigos el mundo; han recorrido como pordioseros los pueblos y las ciudades; han penetrado como misioneros en las comarcas más vírgenes; han aparecido como predicadores en todos los púlpitos; han ocupado como profesores todas las cátedras; se han introducido como confesores en las alcobas reales; y en fin, con las sandalias atadas á sus pies descalzos, han subido como grandes de España (1) las primeras gradas del trono y se han sentado como papas en la silla del Vicario de Cristo (2).

Pesada es la carga que echamos sobre nuestros débiles hombros al ir á trazar la historia de esta orden, pero la sobrellevaremos como mejor podamos y cumpliremos nuestra mision como mejor comprenderemos.

Entremos pues en materia.

Pero antes permítasenos contar un hecho por via de brillante introduccion.

En tiempo del cuarto concilio de Letran, dos hombres habitaban Roma sin conocerse, sin que jamás el nombre del uno hubiese herido los oidos del otro: eran San Francisco y Santo Domingo. Una noche que Domingo estaba rezando segun su costumbre, vió á Jesucristo irritado contra el mundo y á su madre que le presentaba dos hombres para aplacarle (3). Conocióse él mismo como uno de ellos, pero no sabia quién era el otro y miróle atentamente para que se le quedaran grabadas sus facciones.

Al dia siguiente en una iglesia, se ignora cual, vió bajo un traje de mendigo el rostro que se le habia aparecido la noche anterior. Corrió á este pobre, le estrechó entre sus brazos con santa efusion y díjole conmovido:

— Vos sois mi compañero, marchareis conmigo; apoyémonos mutuamente en nuestra sênda y nadie podrá nada contra nosotros.

Aquel pobre era Francisco.

Desde entonces se vieron unidos con santa é inalterable amistad. Su celo se partió el mundo para regenerarle y salvarle (4).

Es una cosa admirable, dice un antiguo autor católico, ver á dos hombres pobres, mal vestidos, sin poder entre los hombres, partirse entre ellos el mundo y tratar de vencerle. Y le han vencido por la ciencia y por el amor, le han vencido. Francisco y su orden, abrasados del ardor de los serafines, es-

(1) El general de los Franciscanos gozaba de la grandeza de España.

(2) Sixto V y Clemente XIV han pertenecido á esta orden.

(3) Wadding, *anales de los franciscanos*.

(4) Henrrión: *Historia de las misiones*.

parcieron á grandes oleadas el amor por el mundo; Domingo y sus hijos, revestidos del esplendor de los querubines, propagaron y defendieron la verdad. Nos quedan dos monumentos imperecederos de la union de estas dos órdenes; forman el primero esas simpáticas ceremonias celebradas en comun el dia de la fiesta de ambos patriarcas, esos cantos en su honor, esos perfumes quemados sobre sus tumbas; es el segundo una magnífica carta dirigida á todos los religiosos de ambas órdenes, en la cual Humbert, general de los hermanos Predicadores y San Buenaventura, general de los hermanos Menores, les exhortaban á mezclarse y ayudarse para servicio de la Iglesia. Esas dos grandes familias no se han apartado en nada de esas piadosas instancias: han rezado juntas, han trabajado juntas, han sufrido juntas y su sangre se ha mezclado más de una vez en los mismos suplicios.

Por esto es que Sixto IV exclamaba también dejándose arrebatado por su admiracion: «Estas dos órdenes, como los dos primeros rios del paraíso de delicias, han fecundado la tierra de la Iglesia universal con su doctrina, sus virtudes y su mérito, y la hacen cada dia más fértil. Son esos dos serafines, los que, elevándose en alas de una contemplacion sublime y de un amor angélico y superior á todas las cosas de la tierra, por el canto asiduo de las alabanzas divinas, por la manifestacion de los beneficios inmensos que Dios, supremo obrero, ha confiado al género humano, llevan sin cesar á los graneros de la Iglesia santa los trigos abundantes de la pura siega de las almas, rescatadas por la preciosa sangre de Jesucristo. Son las dos trompetas de que se sirve el Señor Dios para llamar los pueblos al banquete de su santo Evangelio.»

Retrocedamos ahora un poco y vamos á tomar la historia desde su origen. Francisco nació en Asis, en Umbría, por los años de 1182, siendo su padre comerciante, cuya profesion no quiso seguir desechando su voluntad y haciendo propósito de no conocer otra, segun él mismo, que la de su padre celestial.

En efecto, despues de una larga y peligrosa enfermedad que le habia afligido, sintióse con una vocacion decidida por la soledad y el estado monástico; abandonó su familia, y fué á establecerse en un desierto llamado *la Porciuncula*, á poca distancia de su villa natal. Tenia entonces veinte y cinco años, un hábito basto cubria su desnudez, no queria dinero y vivia de limosna. A sus ideas cenobíticas unia una ardiente caridad, y la pureza de sus costumbres igualaba al fervor de su devocion.

Pronto tuvo once compañeros y decidió con ellos formar una religion. Pasaron á Italia, pero era tal su aspecto y sus rostros estaban



tan desfigurados, que al presentarse al papa Inocencio III para la aprobacion de su proyecto, los despidió sin querer darles apoyo ni inspirarles la mas leve confianza (1).

Sin embargo, un sueño que tuvo obligó á este pontífice á llamar á Francisco para aprobar su proyecto, y bien pronto pudo Francisco de Asis establecer las bases de una orden monástica que confirmó Honorio por la bula que principia *Solet annuere*.

En corto tiempo hizo esta religion tales progresos, que en el primer capítulo que celebró en la iglesia de la Porciuncula (2), que fué su primer convento, existiendo aun su fundador, se hallaron mas de cinco mil religiosos sin contar los que habian quedado en los conventos (3). Llamóse á este el capítulo de las *Esteras* porque todos los que asistieran fueron abrigados en cabañas formadas con esteras (4).

Hombres venerables y conocidos por sus eminentes virtudes se unieron á esta nueva religion, entre otros San Antonio de Padua, que para tomar el hábito de los Menores dejó el de los canónigos reglares de San Agustín cuyo instituto abrazara desde niño (5).

Después de celebrado el primer capítulo, Francisco quiso realizar el sueño mas entusiasta de su vida, llevar á cabo su mayor y mas afanoso pensamiento. Quiso que acabára de ser una verdad completa la idea de que á la sombra de la cruz tutelar, plantada en el mundo como un signo de union y de paz, el género humano era llamado á la unidad de la familia.

Las cruzadas habian abierto las puertas del Oriente y allí faltaba savia que en aquellas remotas playas hicieron brotar tiernas, pero vigorosas ramas

(1) Rodriguez Ferrer.

(2) Refiere un autor que el dia 18 de Octubre de 1208 hizo San Francisco ante el obispo de Asis solemne renuncia de cuantos bienes le pertenecian: empezó su predicacion, y habiendo logrado reunir siete discípulos que lo fueron Bernardo de Quintava, ciudadano; Pedro Cataneo, canónigo de aquella catedral, Fray Gil, después tan famoso por su docta sencillez; Fray Sabastiano; Fray Morisco pequeño, Fray Capela y Fray Felipe Longo, se retiró al despoblado, una milla distante de Asis, donde habia una choza, albergue de los pastores que guardaban el ganado del convento de San Benito á cuyo abad pidió el santo permiso para recogerse allí con sus compañeros, accedió aquel muy gustoso, dándosele tambien para que dispusieran de él á su arbitrio; púsole el santo patriarca el nombre; de *Porciuncula*, que en la lengua del pais equivale á partecita ó parte pequeña aludiendo á los pequeños principios de la religion que se proponia fundar.

(3) Castro y Barresto.

(4) Baron Henrrion

(5) Mariana

al árbol del cristianismo bajo cuya sombra se agrupan los pueblos y cuyos frutos salutíferos comunican á las naciones la vida de la inteligencia y del alma.

Francisco comunicó pues su pensamiento á sus hijos y les dijo que debían ir allí como mendigos para volver como apóstoles ó morir como mártires. Su pensamiento fué acogido con el entusiasmo mismo que lo habia motivado. El santo Patriarca envió entonces misioneros á diversas comarcas, particularmente á Africa, reservándose él para sí la mision de Egipto y de Siria, donde esperaba hallar la corona del martirio.

Fray Gil y sus compañeros enviados á Tunez, nada pudieron alcanzar de la obstinacion de los musulmanes; elevóse contra ellos tal rumor, que los mercaderes cristianos, retrocediendo ante la persecucion, les condujeron á sus buques y les forzaron á regresar á Europa, escepto Fray Elias y algunos otros que habian ido á otro punto á predicar la salvadora doctrina (1).

San Francisco, que se embarcara en Ancona con once religiosos, llegaba por aquel entonces al puerto de Tolemaida en Palestina. Era cuando los cristianos que formaban la sexta cruzada sitiaban Damietta y cuando á su vez, el sultan de Egipto tenia sitiados á los cruzados en sus trincheras apoyado por un ejército numeroso que le enviara el sultan de Babilonia, ciudad situada frente á Menfis, cerca del Nilo, y cuyas ruinas han servido para formar el gran Cairo (2).

Francisco, que habia llegado en esto al campo de los cruzados en compañía de un solo religioso, tuvo la revelacion de que la victoria no seria para los cristianos si se lanzaban al combate con los infieles (3), y esforzóse por lo mismo en disuadirles de su intento.

Fué en vano, no escucharon sus consejos, y salieron de sus trincheras para atacar al enemigo, pero, cumpliéndose la prediccion del santo, los guerreros de la cruz que pocos dias antes, el domingo de ramos, habian dejado á cinco mil musulmanes tendidos en el campo de batalla, de manera que *los cristianos no llevaron aquella mañana otras palmas que sus espadas desnudas y sus lanzas ensangrentadas* (4), fueron rechazados aquel dia con una pérdida de seis mil hombres.

Mientras que los ejércitos estaban frente á frente y nadie podia salir del campamento sin peligro, Francisco á quien nada intimidaba, abandonó

(1) Wadding y Henrrion.

(2) El conde de Estourme: *Viage á Oriente*.

(3) San Buenaventura: *Vit. S. F. c. 9.*

(4) Historia contemporánea.



á los cruzados y se dirigió hácia los infieles con su solo compañero. En el camino hallaron por casualidad dos ovejas, al verlas volvióse el santo hácia su amigo.

—Valor, hermano mio, — le dijo, — valor y confiemos en las promesas del que nos envia como á ovejas entre lobos.

Al ser vistos por las centinelas avanzadas del campamento infiel, los musulmanes corrieron á su encuentro, les prendieron, y empezaron á golpearles y á llenarles de injurias.

—Somos cristianos, — les dijo sonriendo Francisco, — llevadnos ante vuestro señor!

Hiciéronles entonces entrar en la tienda del sultan que preguntó á los religiosos quien les enviaba.

—Dios me envia á tí — respondió con firmeza San Francisco, — para mostrarte á tí y á tu pueblo el camino de la salvacion, enseñándoos las verdades del Evangelio.

Esta firmeza, esta resolucion y serenidad asombraron al sultan que sintiéndose dominar por humanitarios impulsos y obedeciendo quizá á una voz desconocida, invitó á Francisco á residir en su campo y en su compañía.

—Consiento de buen grado — replicó el hombre de Dios, — si quereis, tú y tu pueblo escuchar la palabra divina. Pero, si balanceais entre Jesucristo y Mahoma, manda encender una hoguera en la que entraré con los doctores de tu ley, á fin de que el Dios criador de los elementos, manifieste á todos la fé que seguir se debe.

El sultan contestó que no creia que ningun doctor de su ley aceptara el desafio y se espusiera á los tormentos por su religion. En efecto, uno de los mas venerados imanes habia ya desaparecido temblando á la proposicion del santo.

—Pues bien, — dijo entonces Francisco — entraré solo en el fuego, si tú me prometes en tu nombre y el de tus súbditos, haceros cristianos en caso de que me veais salir sano y salvo de entre las llamas.

El sultan contestó á esta proposicion que temia una revuelta si así se comprometia su palabra; ofreció en seguida varios presentes al santo que, al rehusarlos, se hizo aun mas venerable á sus ojos y, en fin, le envió con una escolta al campo de los cruzados diciéndole:

—Ruega á Dios por mí, cristiano, para que me haga conocer la verdadera religion y me dé el valor de abrazarla.

Desde aquel dia Malek-Kamel se mostró mas favorable á los cristianos, y aun